

tiene lugar la fiesta del *combate*, que se llama así el día en que se concluye la cosecha del año. Los carros y carretas se adornan con banderas y arcos de flores; lo mismo se hace con los bueyes y algunos instrumentos de agricultura. En la carreta capitana es mayor el lujo campestre, y lleva una música; se colocan las otras despues de esta. Luego sigue una turba de jinetes que nombran entre ellos su caporal, mientras el verdadero se esconde para dejarlos en libertad de gozar á su gusto de la fiesta y por ser de rigor. Al mismo tiempo de la capilla de la hacienda sale un grupo numeroso de mujeres que llevan en andas á la Virgen ó al santo Patron de la finca y lo llevan cantando y regando flores; las campanas de la torrecilla suenan, los cohetes rasgan el aire y estallan en él. Despues principia una especie de parodia del Hipódromo, pues que punzan á los bueyes para que tiren de las carretas á todo galope y en círculo, unas tras de otras; las mulas enganchadas y llenas de cintas de colores vivos las atalajan y las reunen en número de cinco ó seis, llevándolas de las riendas, y se llaman *cobras*, pero sin que tiren de ningun vehículo, y las hacen correr tambien en torno. Los jinetes hacen mil cabriolas á todo escape; todo parece un vértigo de movimiento; parece que lo arrebatá un torbellino, y lo hace girar bajo sus poderosas alas, hasta que

cansados hombres y animales, entran en reposo. — Siguen las danzas en que se visten los peones de la hacienda con bandas, pañuelos, cintas y otra porcion de chillantes adornos, y nombran á uno de ellos su *negro* ó payaso, que es el encargado de hacer reir á la concurrencia; se tizna la cara con carbon, se viste de pieles de animales é improvisa sendos disparates en versos cojos. Luego sigue el baile en el que traen una especie de toro de carton, y durante él, lo toread, le clavan banderillas, y hacen mil evoluciones; todo al compás de la música, hasta que despues de figurar que lo matan, y decir cada uno de los bailarines su verso, en los que figura tambien el amo de la hacienda, se retiran á descansar. — Sigue á los pocos dias el *herrerado*, y se hacen los preparativos al efecto; en un lugar á propósito se construye un tablado para el amo y las señoras con los convidados, principalmente de las haciendas inmediatas. Dos dependientes de la finca llevan sus cuadernos y lápices, para apuntar las cabezas que se han de herrar. Cuando ya están los fierros calientes, el caporal para comenzar exclama con todo el vigor de sus pulmones: *Ave, Maria purissima*. En el acto se separa una partida de becerros, de un toril á otro, y entre tres vaqueros toman á cada becerro de la cola, y lo echan á tierra, dejando libre la parte en que se les

ha de estampar el fierro. Acto continuo, el caporal y otros inteligentes toman el fierro, y dicen en alta voz el número que toca á cada animal que van marcando para que por sus clases se les vaya apuntando. Concluido esto se cuenta el total á la órden del caporal, y tomado cada becerro de un cuerno por un vaquero y apoyado este en el lomo, parten hasta treinta en diversas y encontradas direcciones, dando saltos con ellos, y esto es lo que se llama *pachonear*; de lo que resulta que se encuentren unos con otros, revolviéndose hombres y animales, cayendo por todas partes los aficionados, en medio del polvo, de la gritería y estrepitosas carcajadas de la multitud. Los becerros herrados pasan á otro corral, y es frecuente que alguno *haga plaza* ó se embravezca, y entonces se torea un rato. Despejado el toril, se trae otra punta de becerros, y así se procede hasta terminar con los que se han de herrar. En seguida se señalan los becerritos que no pueden sufrir la marca; y terminado esto, se ponen por separado los toros que se han de *jugar* ó *colear*. Para hacerlo se comienza á dar salida al ganado en pequeños trozos, y de dos en dos personas cuentan las clases, edad, y el total, no incluyendo los becerros de herradero y de señal, por haberse ya tomado razon antes. El caporal da el grito de *puerta* ó *campo*, y sin esta voz nada sale á los potreros. Las clases se

van apuntando y así se saca la cuenta para hacerle los cargos al caporal, formar los estados, y darle á aquel el libro de ganados para el siguiente año. Luego sigue la diversion de torear, con todos sus variados lances. No falta quien en semejantes circunstancias deje de manifestar su habilidad en montar un toro: apenas se ha indicado, cuando una multitud de *reatas* vuelan sobre el animal, y en un abrir y cerrar de ojos está el toro por tierra y *apealado*, esto es, lazado de los piés, y se oyen estas voces: *Acórtese mas, amo — no estire tanto el pretal — el jinete, el jinete — si no, que busque madrina — este toro tiene un doblon en el lomo — que lo monten y yo voy despues — ándele negro.* — Luego si se determina el *coleadero*, se lleva á los toros á un punto y allí se da principio á la diversion. Como el caporal todo lo dirige y arregla, dispone paradas de tres en tres *coleaderos*; con la garrocha en la mano *corta* cada toro que se va á *colear*: apenas parte, cuando lo siguen en la velocidad de la carrera, y lo derriban por tierra; luego que se para y *arma la carrera*, lo *colea* otro, ó el que es mas diestro en la maniobra. — Se entiende por esto, tomar al animal de la cola en fuerza de la carrera, y adelantando el caballo, darle un tirón para echarlo en seguida al suelo. Diversos son los modos de esta animosa operacion: á *pulso*, que es

halar al toro con toda la fuerza del brazo, sin apoyarlo en manera alguna; á *rodilla*, enredando la cola en la mano, metiendo esta debajo de la rodilla, cuya pierna se encoge y sobre ella se inclina el cuerpo para apoyar el *tiron* que se da al toro, procurando adelantarle el caballo; á *arcion vieja* ó *arriba*, es tomar la cola (sin enredar la mano, porque seria perderla), levantar en la violencia de la carrera la pierna, y colocando la cola debajo, apoyarla en el muslo de aquella para halar al toro; á *bolera*, se toma la cola con la misma violencia, se enreda la mano, cuando hace mucha fuerza el toro, se alza la pierna, y se coloca la cola en la pantorrilla con la que se apoya la mano, y la espuela tambien sirve para halar al toro; al mismo tiempo se abre el caballo un poco, que se ejecuta con la mayor prontitud posible, lo que coadyuva eficazmente para dar una *caida redonda*, que así se llama cuando el toro da una ó mas vueltas. Los caballos que despues de tomada la cola y *trabada* la *acion* ó vulgarmente *arcion*, se esfuerzan para pasar al toro, se llaman *salidores*; y los hay muy adiestrados para alcanzar á un toro, variar de direccion por seguirlo, acomodarse ó *arribiarse* para que el jinete tome la cola y *salir* con violencia cuando se da el *tiron*. El rancharo del Mesquital es mas diestro para colear por ambos lados, y no usa de otra manera sino

de *bolear* que es una verdadera suerte. Uno mas resgoso hay por Jalisco, y es el de que en la violencia de la carrera, toma el charro la cola al toro, echa pié á tierra, y lo hala botándolo al suelo. El caballo unas veces se para en medio del llano, y otras sigue á su amo. Otra diversion hay, que es á la vez odiosa y bárbara. En los dias de San Juan Bautista y San Pedro, por Durango, además de las carreras, los rancharos corren juntos y abrazados en distinto caballo, y el fin es ver quién se arranca de la silla; al que logra esto se proclama vencedor. Sucede frecuentemente, que maneándose los caballos entre sí, vienen abajo con los jinetes y quedan estos sin vida. — Lástima es ver cómo va perdiendo la juventud de buenas familias la aficion á estos ejercicios varoniles, que no estaban destinados solamente á las gentes del campo, porque así se familiarizaban con el peligro, adquirian mas destreza en el manejo y equilibrio del caballo, y los hacia mas á propósito para ser buenos oficiales de caballería; pero por desgracia ya muy pocos son los que á estos ejercicios se dedican, que tanto servian para la gimnástica del cuerpo. — Antes estos mismos jóvenes de vez en cuando se dedicaban á lidiar toros, capoteándolos, clavando banderillas á pié y á caballo, y matándolos; en fin, afrontando todos los riesgos del torero, pero no por el vil precio del

dinero, sino por otro premio mas grato. — Entre las mas bellas muchachas de la poblacion se nombraba una junta, y esta elegia como su *reina* á la mas hermosa, y en un palco lujosamente adornado presenciaban aquellas diversiones, premiando la destreza ó el valor de los jóvenes aficionados, llamándolos á aquel punto, y atándoles á los brazos flores y listones con colores emblemáticos; la *reina* era la que daba los premios grandes á los que mas se distinguian. — En la noche todo concluia en un vistoso baile en el que las hermosas preferian para bailar á los que mas habían lucido su habilidad y audacia, y que ostentaban orgullosos sus preseas concedidas por la mano de la hermosura. Esto da alguna idea de los antiguos premios de los torneos en la edad media, del respeto y adoracion á la mujer, de la consideracion de ella por el valor é intrepidez.

Hemos apuntado los principales usos y costumbres de nuestra capital y sus cercanías, presentando á sus actores con su traje propio; sin embargo debemos confesar que hay tipos muy curiosos en los Estados lejanos, pero hasta allá no nos es dado ir por el corto espacio de estas páginas, y la variedad de materias que deben contener. Para remediar esta falta excitamos á nuestros lectores se proporcionen las relaciones poéticas y animadas que pu-

blicó en la *Revue des Deux-Mondes* M^r. L. de Bellemare, bajo el seudónimo de Gabriel Ferry, y que después han sido recogidas en algunos volúmenes. — En este capítulo hemos satirizado, verdad es, algunas flaquezas y ridiculeces de nuestra sociedad; pero aunque aquí varían en la forma, son inherentes á la condicion humana. El carácter de nuestros compatriotas, á pesar de lo que digan Lowenstern, Chevallier y otros viajeros visionarios ó mal intencionados, es franco, social, hospitalario y suave, sin que se crea que esta última cualidad excluye el valor cuando se requiere, pues se adapta admirablemente á las situaciones su sistema nervioso y el temple de su alma; así es que en el campo de batalla se muestra impetuoso y enérgico, como lo prueban mil ejemplos en las guerras de independencia, en las civiles y aun en la desgraciada del Norte-América, pues siempre en los combates singulares, en que el valor era el solo que debia decidir del éxito, llevábamos la ventaja; no así cuando se chocaban masas contra masas, porque las nuestras siendo heterogéneas por sí mismas se desunian. — En las artes siempre se ha confesado la feliz disposicion de nuestros compatriotas, y nuestra escuela antigua de pintura ha merecido elogios hasta del conde Beltrami, conecedor de las maravillas italianas; y al presente el brillante estado de la

Academia de bellas artes de San Carlos, la primera de su clase en América, viene á corroborar aquella opinion en que todos están uniformes. — Si es en las ciencias, nuestra *Galería de hombres célebres*, que forma otro Manual, prueba que algunos de ellos han sido considerados y enaltecidos por la culta Europa; y ahora, en nuestras grandes comisiones científicas, siempre han llamado la atención de una manera notable algunos de nuestros jóvenes, ricos de altas esperanzas para el porvenir, y que ya han merecido la consideración y aprecio de muchos ilustrados extranjeros. — La política ha creado en todos los partidos muchas notabilidades, y sus talentos han sido imparcialmente reconocidos por los Mejicanos y en el extranjero.

Esa inestabilidad que se ha atribuido al carácter mejicano no lo es en realidad, sino simplemente las diversas fases del desarrollo de un pueblo nuevo que desea alcanzar la perfección europea, y que por algún tiempo es necesario sea víctima de la inexperiencia y haga diferentes ensayos para la consecución de sus fines; aquella es la que han explotado algunos ambiciosos para mantener el país en continuas revoluciones, que también motivan su origen de la grande extensión del país, de su escasa población y la variedad de esta; creando así mil intereses opuestos que fácilmente explotan algunos perversos,

y otros de buena fe para la realización de sus teorías. Esta desigualdad es muy nociva para el equilibrio social; necesita el gobierno apoderarse de esos resortes, y para manejarlos debe mostrar mayor tino, aplomo y sabiduría, y un leve descuido viene á ser la causa de un gran trastorno. — Pronto, esperamos con gusto, pasado ese periodo de crisis, de desarrollo é inexperiencia, Méjico alcanzará su verdadera altura, rectificará sus juicios, y con la lección de lo pasado, afirmará su presente, aclarará el porvenir, y llegará á colocarse entre la familia de las naciones en la noble jerarquía que le ha asignado la alta Providencia: si esto no es así, lo deseamos de todo corazón.